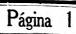
COLOR HISTORIETAS JORNADA COLOR PARA NIÑOS



Página 1 | Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 8 | Septiembre 19 de 1931

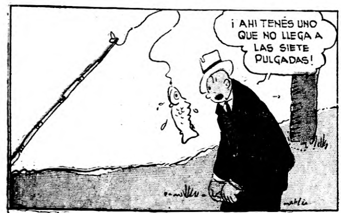




















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI













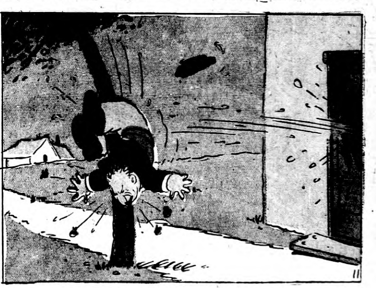


















EL LIBRO DE LA DICHA

La Navidad en los países europeos coincide con el invierno más crudo. Junto al fuego, los niños oyen de los abuelos el relato de las antiguas leyendas. En la vieja Rusia se conoce como uno de los más bellos relatos "El Libro de la Dicha", magnífica traducción que del ruso ha hecho la señora R. L. Dorfman.

EXISTIA hace mucho tiempo, y quizá subsista todavía, un librito, sucio y ajado. Pero a pesar de su aspecto miserable radicaba en él una virtud mágica. El hombre que lo tenía entre las manos volvíase amable, alegre, servicial y, lo que es lo principal, sentía crecer en su alma un amor acendrado hacia toda la humanidad, y el afán de que nadie sufriese privaciones y gozase de bienestar embargaba todo su ser. Un comerciante dejaba de engañar a sus parroquianos, un rico se preocupaba por la suerte de los pobres, un gran señor ya no pensaba que sus ideas eran las únicas intachables. Todo eso debido a que el poseedor del libro mágico en aquel momento amaba a sus prójimos más que a sí mismo. Pero si por casualidad el libro se deslizaba de sus manos volvía a preocuparse sólo por su propio bienestar, y en caso de que topase nuevamente con él, lo arrojaba lejos de sí de un puntapié o, tomándolo con unas pinzas, lo tiraba al fuego. El libro parecía haber perecido entre las llamas y todo el mundo se tranquilizaba; pero gracias a su poder mágico no se quemaba jamás y al poco tiempo caía en manos de otra persona.



El hada le dijo al niño enfermo: Allí, en el castillo, duerme una princesa encantada y su despertar dará comienzo a una era ininterrumpida de dicha y regocijo

Una alegre Navidad

Un alegre día de Navidad, el regocijo reinaba por doquier; pero no llegaba a apoderarse del alma de un chico enfermo, llamado Alexis. El pobre era aquejado continuamente de toda clase de enfermedades y, desde hacía tiempo, todo el universo se le antojaba una inmensa farmacia mientras que todos los hombres desconocidos tomaban en su mente las formas de médicos, dispuestos a obligarle a tomar remedios amargos. Y es por eso que, mientras todos los niños se regocijaban, Alexis paseaba con su niñera triste y abatido como de costumbre. Apesadumbrado el muchacho, caminaba cabizbajo y debido a eso su vista topó con el pequeño y sucio libro, que yacía en el camino hollado por el pie de todos los transeuntes. A pesar de que la niñera lo instase a que siguiera el paseo, el chico se inclinó y alzó el libro.

Alexis apretaba el libro contra su pecho y sentía que la alegría invadía poco a poco su corazón. Terminado su paseo, el niño volvió a su casa y al ver a su madre corrió gritando alegremente:

—Mamá.

Y la abrazó con efusión. En este momento salió de su escritorio el padre, que estaba absorto en la lectura de un libro científico, que versaba sobre la mejor manera de educar a los niños, y gritó malhumorado, dirigiéndose a su hijo:

—¿Por qué gritas tanto?

Pero el interpelado tan rudamente no se ofendió, comprendiendo que su padre se enojaba fácilmente porque no poseía el libro mágico. Su tía, al ver a Alexis, tan alegre, no pudo contenerse y en un arranque se precipitó hacia el chico y se puso a colmarlo de besos tan fuertes que en cualquier otro momento el niño hubiera estallado en sollozos, pero esta vez se limitó a susurrarle:

—Querida tía: me haces daño. Suéltame, por favor.

Daño involuntario

Pero la tía no cejaba en sus caricias y el chico lo soportaba con paciencia, pues se daba cuenta de que ésta le quería mucho y le hacía daño involuntariamente. Por fin, Alexis se desasió de sus abrazos y corrió a refugiarse en el regazo de su madre, a la que mostró su hallazgo, diciendo radiante de dicha:

—Mira el libro...

La madre ignoraba qué libro era aquél, por cierto, pero vió a su hijo contento y, ¿qué más hace falta a una madre para ser feliz? Lo estrechó fuertemente y dijo, acariciando su cabello:

—Mi querido hijito.

El muchacho se sentía infinitamente dichoso y cuando la niñera, al acostarlo a dormir, quiso quitarle el libro, se puso a llorar tan amargamente, que la mujer se vió obligada a devolvérselo; y Alexis se quedó dormido, abrazado fuertemente al libro.

En medio de la noche se le presentó una hada, que le dijo:

—Soy el hada de la dicha. Solía entregar mi libro a muchas personas que se sentían felices mientras continuaban en posesión de él. Pero cuando yo se lo quitaba, jamás consentían en aceptarlo por segunda vez. Eres el primero que lo recogiste de vuelta y por eso he de descubrirte el secreto de hacer felices a todos los hombres. A pesar de que eres muy pequeño aún, me vas a comprender, pues posees un corazón bondadoso.

Alexis, al que el libro mágico hiciera ansiar la dicha universal, replicó:

—Querida hada, deseo sinceramente que todos sean tan felices como yo: mi mamá, mi papá, el carpintero, que vino a buscar trabajo hoy, la vieja que encontré durante mi paseo, que lloraba por no haber probado bocado en todo el día, el muchacho que me pidió limosna... Todos, todos, bondadosa hada.

—Y si para hacerlos felices a todos tuvieras que morir, ¿persistes en tu afán de conocer el secreto?

—Sí.

—Entonces, sígueme.

Y la hermosa hada tomó de la mano al chico y emprendieron el camino.

Gran obscuridad

Salieron a la calle y caminaron un largo rato. Una vez que hubieron dejado atrás la ciudad, el hada le mostró a Alexis la cima de la montaña y, a pesar de la oscuridad reinante, éste distinguió los contornos de un castillo encantado, profusamente iluminado.

La hechicera se inclinó hacia el chico y le dijo:

—Atiende lo que hay que hacer para volver felices a todos. Allí, en el castillo duerme una princesa encantada y su despertar dará comienzo a una era ininterrumpida de dicha y regocijo. Pero lograrlo es sumamente difícil, dado que un artero y malévolo brujo es el encargado de velar por que no se cumpla. ¿Ves la cantidad de niños que escalan las laderas de la montaña? La mayor parte de ellos se dirige al castillo con el fin de despertar a la princesa, pero ninguno verá coronada con el éxito su empresa. El camino está encantado: a medida que suben la montaña los corazones de los chicos, se endurecen y una vez alcanzada la cima sus corazones se transforman en piedras y se olvidan del propósito que les llevara allí. Entonces el brujo estalla en una ruidosa carcajada y los arroja, convertidos en piedras, en aquel lóbrego precipicio donde se oyen gritos, llantos y quejidos.

—¿Quiénes son los que se lamentan?

—Son los que vagan en la oscuridad y en la miseria. Profieren gritos desaforados porque en las tinieblas el terror y la angustia hacen presa de sus almas, porque viven en la miseria, porque tienen hambre y porque esperan que sus gritos lastimeros llegarán a despertar a la princesa. El brujo malvado se ríe y en vez del pan les arroja hombres petrificados, que en su caída les dan muerte; los desdichados que no ven nada en la oscuridad se imaginan que las piedras caen del cielo o que uno de sus semejantes se las arroja y entonces se abalanzan furiosos sobre sus prójimos y los matan.

Sendero tortuoso

—Y ¿por qué hace esto el brujo?

—Tiene que mortificar a los humanos, pues este sendero tortuoso y sumido en las tinieblas es el único que conduce al camino que lleva al castillo, y sobre el cual no tiene poder. Pero nadie lo sabe y los que pululan en el negro precipicio ansían salir al camino encantado, que los tienta con su alegre apariencia. ¿Cuál es la vía que eliges? La ancha y cómoda, por la que suben los chicos alegres y bien vestidos?

—Esta, — replicó el muchacho, indicando el agreste y oscuro camino.

—¿Y no tienes miedo? Allí vagan sin rumbo los niños malos que gritan y se matan los unos a los otros; allí la piedra arrojada por el brujo puede quitarte la vida. ¿Estás dispuesto a ir?

—Sí.

—Vamos, pues.

—Se pusieron en marcha y dentro de poco Alexis se vió rodeado por rostros hostiles.

—Chicos, — exclamó con vehemencia, — seguidme, conozco el camino.

—¿Dónde, dónde está?

—Por aquí, venid conmigo.

—¿Acaso existe otro camino fuera del que siguen aquellos niños dichosos?

—¡Oh, no! No os aventuréis por aquel camino. Seguidme a mí.

—Pero tú vagas sin rumbo como nosotros.

—No, veo un sendero. Venid, pues, un hada me guía.

—Eres un estúpido; estamos cansados y hambrientos. ¿Tienes pan?

—Tengo el libro de la dicha.

—Es un mentiroso... Vamos a matarlo y a destruir su libro.

—¿Quieres que huyamos? — susurró el hada al oído de Alexis.

—No, no quiero. Aunque perezca yo, no podrán destruir el libro y entonces, querida hada, guiarás al que lo levante y lo harás proseguir mi camino. ¿No es cierto?

Hacia el castillo

Alexis no llegó a oír la contestación de la hechicera; los niños malvados se abalanzaron sobre él haciéndole caer y lo pisotearon. Cuando lo enterraron en el barro de esta manera despiadada se pusieron a bailar sobre su tumba. Estaban seguros de haber enterrado al chico junto con su libro. Pero no era así; uno de ellos lo recogió y prosiguió el camino. Cuando todos se alejaron, el hada desenterró a Alexis del barro que lo cubría, lo lavó y lo llevó al castillo de la princesa.

El niño no murió, duerme en el castillo al lado de la princesa, soñando con cosas deliciosas. La buena hada se las relata cuando vuelve de tarde en tarde del camino sucio y tortuoso por el que avanzan los chicos en ola avasalladora, lenta pero seguramente, llevando el libro de la dicha al castillo encantado.

Y cuando por fin rematen su largo camino, entrando en el castillo con el libro en las manos, la princesa y Alexis despertarán de su largo sueño, perecerá el brujo malvado y con él se disiparán las tinieblas; entonces los humanos verán que en la tierra hay dicha para todos.

Ilustró NIAHCER SEDITSIRA

N. GARIN

Las Narraciones del Viejo

En el prefacio de una edición del año 1805, Kyau-Hakusai publica un cuento que representa interés por ser una variante japonesa de



-Le he regalado tanto a este hombre, que bien puedo cumplir su último deseo, gritó "Hamu", alzando el índice

una conocida narración alemana.

Un matrimonio peleó a causa de un pedazo de arroz que les había sobrado. Por fin, los esposos se pusieron de acuerdo, decidiendo que la codiciada comida no pertenecería a aquel de ellos que pronunciara la primera palabra.

Al poco rato en la vivienda de esta pareja penetró un ladrón, que se apoderó de todos los objetos de valor que pudo encontrar. Acordándose de su pacto, los esposos guardaban silencio, sin moverse siquiera. Pero cuando el malhechor, volviéndose más atrevido gracias al éxito conseguido, quiso robar los vestidos de la mujer, ésta protestó a vivas voces. Entonces el marido, sumamente satisfecho, se puso a comer el pedazo de torta de arroz, que ahora le pertenecía, de acuerdo con el arreglo arriba mencionado.

"Los hombres, por lo general, no son más inteligentes que esta pareja: se pelean por pequeñeces sin estimar a su prójimo y, deslumbrados por la perspectiva del placer pasajero, no notan que el fundamento de su casa se está tambaleando".

Kyau-Hakusai atribuye la obra, de la que están tomados los siguientes trozos, a un filósofo. Esta amable mistificación del lector es usual en el Japón.

ZORROS ENCANTADOS

El anciano dijo:

—En las noches lluviosas uno queda gustoso en su casa, pues son muy conocidos los relatos acerca de los zorros que en semejantes horas se reunen, adquiriendo formas hechizadas, en las llanuras septentrionales, con el fin de atemorizar a los humanos. Los atraen a los lugares de placer, convirtiéndose en hermosas y bellas bailarinas.

En aquellos parajes vivía antaño un sabio que, sentado una noche lluviosa rodeado de cinco o seis discípulos, les dijo:

—Salgan ahora a los campos, de los que se habla tanto. No cabe la menor duda de que van a encontrar a los zorros convertidos en bailarinas.

Los discípulos replicaron, asustados:

—¿No nos habías dicho que un sabio jamás busca un peligro por pura curiosidad? Y ahora nos das este consejo.

—¡Oh, insensatos!, —dijo el maestro sonriendo. — Si van allí, lo hacen sabiendo que los zorros son zorros. Y uno puede tener miedo sólo cuando no sabe qué peligro lo acecha. Los zorros, aun convertidos en bailarinas, no dejan de ser animales; no conocen el alma del hombre y no pueden amenazarle con ningún peligro.

Mucho peores son los verdaderos zorros, que conocen el corazón humano y adquieren cien formas seductoras para encantar al hombre. No es, pues, una cosa rara que los hombres, como ustedes, van con una sonrisa en los labios al encuentro de aquellas temibles hechiceras y se asustan de los zorros, cuyo encanto es inofensivo.

Entonces los discípulos enrojecieron y juraron de vivir, a partir de aquel momento, sólo entregados a sus estudios.

Dice un antiguo refrán: "La desgracia no viene del cielo, sino de la mujer".

El viejo dijo:

—La frase de que nadie debe ser esclavo de sus deseos me hizo recordar un cuento que acabo de leer.

Antaño vivía en China un hombre inteligente y dotado de talentos, que, sin embargo, fué subyugado por los placeres hasta tal punto que perdió toda su fortuna.

Pobre como un mendigo, se alejó el hombre de sus semejantes, vagando por las montañas, cuyas cimas llegaban hasta las nubes. Allí, sentado en un peñasco, se entregó a las reflexiones acerca de su vida.

Estaba próximo a dejarse dominar por la desesperación, cuando se le acercó sigilosamente un anciano de cabello blanco, envuelto en una vestimenta de hojas, que le dijo, echándole una mirada escrutadora:

—Años atrás he sido tu condiscípulo.

Al ver al otro caer de rodillas ante él, el viejo prosiguió, frunciendo el entrecejo:

—En aquel entonces te has preocupado, igual que yo, del significado de la vida y de la ley; pero tu corazón vacilante era más fuerte que tú y te llevó al borde del precipicio. En cambio, yo dominé mi corazón y viví de acuerdo con la ley sagrada: debido a eso me he convertido en un espíritu dotado de un poder sobrenatural, a cuya voluntad nada puede oponerse. Sigue mi ejemplo: cambia de parecer, piensa siempre en el bien y trata de vivir sin deseos.

Al darse cuenta de que aquel espíritu estaba dotado de un poder divino, el hombre estalló en sollozos fingidos.

—Sufro enormemente del hambre y de la sed. Espíritu poderoso, acuérdate de la amistad que nos ha unido antaño, ten piedad de mí y dame algo con que saciar mi hambre. Te lo agradeceré durante toda la vida.

—Eres como un guijarro en el horno, —replicó el anciano sonriendo— y sufres hasta tal punto debido a tus pretensiones. Sin embargo, esta vez voy a satisfacer tu deseo.

MILES DE BOLSAS

—Hamu, — gritó luego en voz alta.

Acto seguido aparecieron cinco mil bolsas de arroz.

—Con esta provisión de arroz —prosiguió el anciano — podrás mantenerte durante toda la vida. Se dice que el que tiene todo, no desea nada más. Espero, pues, que tú también vivirás ahora sin deseos.

—Estoy casi abrumado por tu bondad — dijo el otro. Sin embargo, tengo que pedirte una cosa más. Me has dado una enorme cantidad de arroz que no puede servirme de ninguna utilidad, desde el momento que no tengo granero para guardarlo. Si puedes proporcionarme éste, hazlo.

Entonces el espíritu exclamó enojado:

—¿No podrías acaso construirte un granero tú, insaciable, después de haber vendido algo de este arroz? Pero puesto que he cumplido tu primera petición, haré otro tanto con la segunda...

—Hamu — volvió a gritar, alzando el dedo índice.

En el acto surgieron de la tierra numerosos graneros que absorbieron todo el arroz.

—¿Estás contento ahora? — inquirió el anciano.

—Sí, — dijo el arrodillado con tono alegre. — Habiéndome construído estos preciosos graneros, has cumplido mi mayor deseo. Tu bondad es ilimitada y me llena de júbilo. Pero piensa en una cosa: esos graneros llenos de arroz representan un regalo espléndido, mas ¿acaso no necesito también una vivienda? Al llevar el arroz al granero, ¿no se asombrará la gente de la ausencia de la casa y no acusará de avaricia al genio magnánimo? A mí me sería penoso oir semejantes palabras aplicadas a tí.

—Me veo obligado a dejarme llevar por tus deseos, de la misma manera como uno, aventurándose al mar abierto en una pequeña embarcación, se deja llevar por el destino.

Así diciendo volvió a gritar: "Hamu", alzando el índice. Acto seguido surgieron hermosísimas casas, lujosamente adornadas, espléndidas como el palacio del micado.

NUEVOS PEDIDOS

—¡Oh, gracias... mil gracias! — exclamó el hombre, inclinándose en un respetuoso saludo y tocando el suelo con la frente nueve veces consecutivas. Teniendo arroz en los graneros y esta vivienda, realmente no puedo desear nada más... Y, sin embargo... ¿acaso no sería un hazmerreir de todos un zonzo que posee tantas riquezas, sin tener una sola moneda de cobre? Piensa y reflexiona sobre este punto. Si cumples esta mi petición, oh, noble genio, si me proporcionaras cinco o seis cajones llenos de oro y plata, y tres o cuatro roperos repletos de toda clase de vestimentas, no tendré ningún deseo más. De hoy en adelante no te pediré ni siquiera una cosa tan pequeña como el cabello de un recién nacido.

En el primer momento, el espíritu, encolerizado, no pudo pronunciar palabra. Luego dijo para sus adentros:

—Ya he regalado tanto a este hombre que bien puedo cumplir su último deseo.

Gritó "Hamu" alzando el índice, después de lo cual aparecieron grandes cajones, llenos de trajes, oro y plata; cuatro o cinco mil en total.

Al verlos, el hombre se prosternó ante el genio, vertiendo abundantes lágrimas



Antaño vivía en China un hombre de talento; pero vivía subyugado por los placeres y perdió su fortuna

de alegría y murmurando:

—Gracias... gracias.

—¿Se ha calmado, por fin, tu avidez? — preguntóle entonces el espíritu sonriendo? ¿O volverán a alzar sus cabezas nuevos deseos?

El interpelado replicó, sin levantar el rostro del suelo:

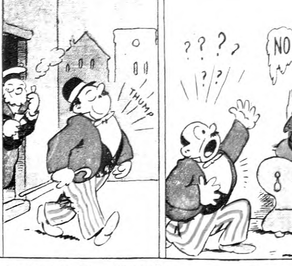
—Tú lo has dicho. Pero aquellos son pequeños pedidos, que no significan nada en comparación con el oro, plata, trajes, graneros y palacios.

—¿Cuáles son, pues, estos pedidos insignificantes? — inquirió el genio frunciendo el entrecejo.

—Algo que dejaría en la sombra todas las buenas obras que acabas de hacer para mí: dame tu dedo hechicero.

Entonces el genio se volvió iracundo y tomó la decisión de aniquilar al insaciable.







LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

por Dirks





















Copyright Press Publishing Co. (New York World) 1931.





El Rey del Rio d...

EL nombre de Juan Ruskin se cita hoy con general respeto, como el de uno de los más grandes pensadores y literatos de los últimos tiempos. Además de autor de obras bellísimas, fué artista y profesor. Amó con pasión lo verdadero, lo noble, y, como por instinto, rechazó todo lo falso y lo injusto. Pero una vez en su vida hizo Ruskin algo en él inusitado: escribió un cuento de hadas por complacer a una amiguita suya, que tenía hospedada en su casa. Creía ella que un hombre tan sabio, no podía descender a tratar un asunto tan sencillo; pero Ruskin escribió en dos días una de las narraciones más bellas del mundo, demostrando de este modo que la verdad y la sabiduría pueden resplandecer también en una historia infantil.

* ☆ ☆ ☆ ☆ ☆ *

POR JUAN RUSKIN

Ilustró PREMIANI

EN una apartada y montañosa región de Estiria, había, en tiempos remotos, un valle de asombrosa y exuberante fertilidad, rodeado por todas partes de tajados y rocosos montes, cuyos elevados picos se hallaban eternamente cubiertos de nieve, y de los cuales descendían numerosos torrentes formando perennes cataratas. Uno de éstos bajaba hacia el Oeste, por la pared de un acantilado tan alto que, cuando el sol se había puesto para el resto de la comarca, sumiéndola toda en la sombra, sus rayos seguían cayendo sobre esta catarata, que, iluminada por ellos, presentaba el aspecto de una lluvia de oro. Y esta era la razón de que la gente de los contornos la llamase el Río de Oro.

El fuego crepitaba y las llamas largas lamían el cordero sabroso

Los Dueños del Valle

Y, ¡cosa rara!, ninguno de estos torrentes llevaba sus aguas al valle mismo. Todos torcían el curso hacia el lado opuesto de las montañas y corrían después serpenteando por dilatadas llanuras y cruzando populosas ciudades. Pero los nevados picos atraían las nubes con tanta constancia, que éstas permanecían invariablemente suspendidas sobre aquella hondonada circular, de manera que, en tiempos de calor y sequía, cuando todos los terrenos contiguos se abrasaban, la lluvia jamás faltaba en el valle; y por eso sus cosechas eran tan abundantes, y su heno tan alto, y sus manzanas tan rojas, y su vino tan generoso, y tan dulce su miel, que era el asombro de cuantos lo veían, y se le designaba comunmente con el nombre de Valle del Tesoro.

Este espléndido valle pertenecía todo entero a tres hermanos, llamados Schwartz, Hans y Gluck. Los mayores, Schwartz y Hans, eran horrorosamente feos, con largas y cerdosas cejas que caían en desorden sobre sus ojos pequeños y apagados, siempre a medio abrir, de tal suerte que jamás era posible asomarse a su interior, en tanto que ellos parecían escudriñarle a uno hasta el alma.

Vivían del cultivo del Valle del Tesoro y gozaban justa fama de buenos agricultores. Concluían con todo lo que pretendía vivir a costa de la finca. Perseguían a tiros a los mirlos porque les picoteaban las frutas; destruían los erizos, por temor de que se pudiesen mamar la leche de las vacas; envenenaban a los grillos, porque se comían las migajas de pan de la cocina; y se ahogaban a las cigarras, que solían cantar todo el año en los limoneros. Hacían trabajar rudamente a sus criados, sin darles salario alguno, hasta que éstos se negaban a continuar a su servicio; entonces reñían con ellos y les echaban sin pagarles.

Milagro hubiera sido que con semejantes terrenos y con tal singular sistema de explotación, no hubieran logrado reunir una fortuna considerable; y, en efecto, se hicieron muy ricos. Por regla general guardaban el grano que recogían esperando a que alcanzase buen precio, vendiéndolo después por el doble de su valor; poseían montones de oro, esparcidos por todos los pisos de su casa; y, sin embargo, no había noticia de que hubiesen jamás dado un centavo o un mendrugo de pan al desvalido; en fin, eran de condición tan cruel e inhumana que todos los conocían con el remoquete de los "Hermanos Negros".

Cómo Era Gluck

El menor de ellos, Gluck, así en su apariencia exterior como en su manera de ser, era opuesto por completo a sus dos hermanos. Frisaba en los doce años; tenía los ojos azules, rubia la cabellera, y era bueno y afable con todos. No es preciso decir que no hacía muy buenas migas con sus dos hermanos mayores, o, por mejor decir, éstos eran los que no se llevaban con él nada bien. De ordinario, confiábanle la honrosa tarea de dar vueltas al asador, cuando había algo que asar, lo cual no era frecuente; le hacían limpiar el calzado, los suelos y a veces hasta los platos, permitiéndole en ocasiones que devorase las sobras que en ellos dejaban, por vía de alentadora remuneración, y propinándole una cantidad espantosa de golpes a guisa de eficaces despertadores de las aptitules del muchacho.

Gluck era un niño hermoso y bueno, con dos hermanos que eran el terror de los valles

Mucho tiempo siguieron así las cosas. Al fin, vino un verano extraordinariamente seco, que ocasionó en la comarca grandísimos perjuicios. Apenas se había acabado de guadañar y recoger el heno, una inundación arrancó de cuajo los almiares y los arrastró hasta el mar; el granizo destrozó la uva; el tizón destruyó los cereales; sólo en el Valle del Tesoro, como de costumbre, se salvó todo. Del mismo modo que las nubes regaban su suelo, cuando los demás campos no recibían una gota de agua, así también el sol lo calentó con sus rayos, en tanto que las otras tierras se helaron.

Acercábase el invierno a pasos agigantados y arreciaba el frío, cuando los dos hermanos mayores se marcharon un día, dejando a Gluck al cuidado del asador y recomendándole mucho que no permitiese entrar a nadie, ni diese nada. Sentóse el joven al lado mismo del fuego, pues llovía torrencialmente, y las paredes de la cocina no tenían nada de consoladoras ni secas. A fuerza de dar vueltas a la pierna de carnero, tomó ésta un aspecto dorado y apetitoso.

—¡Qué lástima! — pensó Gluck, — mis hermanos nunca invitan a comer a nadie. Estoy seguro de que, teniendo una pieza de carnero tan exquisita como ésta, disfrutarían grandemente dando parte a otros infelices que carecen de todo alimento.

Un Convidado Intempestivo

No bien hubo acabado de hacerse esta reflexión, cuando sonaron a la puerta de la casa dos golpes consecutivos, a un tiempo violentos y sordos, como si la aldaba hubiese estado forrada; algo así como dos resoplidos.

—Debe de ser el viento — pensó Gluck, — ¿quién sino él se aventuraría a dar en nuestra puerta dos golpes consecutivos?

Pero no era el viento, no. Nuevos golpes volvieron a resonar con inusitada violencia, y lo que aun era más raro, la persona que llamaba parecía traer mucha prisa y no temer las consecuencias de la acción que ejecutaba. Gluck acudió a la ventana, la abrió y asomó la cabeza, para ver quién era el osado.

Era un viejecillo de la figura más rara que jamás había visto en su vida. Su larguísima nariz tenía un color ligeramente bronceado; a juzgar por sus carrillos, que eran rojos y redondos, cualquiera hubiese creído que había estado soplando sobre brasas durante cuarenta y ocho horas; los ojos le centelleaban alegres por entre largas y sedosas pestañas; sus bigotes se retorcían a cada lado de la boca, a modo de sacacorchos, y los cabellos, de un tinte rojizo, le caían hasta más abajo de los hombros. Tenía, aproximadamente, un metro y veinticinco centímetros de estatura, y llevaba un sombrero, en forma de capirote, de la misma elevación, adornado con una pluma negra de casi un metro de longitud.

El Viejecillo se Dirige a Gluck

La singular apariencia del visitante causó a Gluck tal sorpresa que quedó como paralizado, sin decir palabra, hasta que el viejecillo se volvió para arreglarse la capa, que el viento amenazaba arrancarle. Al hacer este movimiento, reparó en la rubia cabeza del muchacho asomado a la ventana.

—¡Hola! — exclamó el viejecillo. — No es esa la manera de contestar al que llama a la puerta. Déjame entrar, porque vengo hecho una esponja.

En efecto, estaba muy mojado. La pluma del sombrero caía lacia, cual la cola de un perro perseguido, y goteaba como un paraguas mojado, y de las puntas del bigote le chorreaban hilos de agua que penetraban en los bolsillos del chaleco, de los cuales se volvía a verter, a manera de caño de molino.

—Perdonad, caballero — dijo Gluck, — lo siento muy de veras, mas no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? — replicó el viejecillo.

—No puedo dejaros entrar, caballero. Mis hermanos me matarían a palos si tal hiciese. ¿Qué necesitáis?

—¿Qué necesito? — interrogó con petulancia el viejecillo. Necesito abrigo y fuego, y el que arde en tu chimenea cruje que es un contento, y sus llamas bienhechoras lamen retozonas las paredes sin que nadie se aproveche de ellas. Déjame entrar, repito, sólo deseo calentarme.

Gluck se Compadece

Gluck había sacado tanto la cabeza de la ventana que empezó a darse cuenta de que hacía realmente un frío insoportable, y cuando, al volverse, vió el fuego que crepitaba y rugía en la chimenea, y cuyas llamas resplandecientes y largas parecían lamer la sabrosa pierna de carnero, que inundaba la estancia de apetitoso aroma, enterneciósele el corazón y pensó que bien podría permitirse que se calentase, ya que con ello no habría de originar gasto alguno.

—Parece que está muy mojado — se dijo el muchacho,— le dejaré entrar siquiera un cuarto de hora.

Y, sin más, fué derecho a la puerta de la calle, abrióla, y cuando entró el viejecillo, una racha de viento sacudió la casa, haciendo temblar las viejas chimeneas.

—Eres un buen muchacho, — le dijo el hombrecillo,— nada temas de tus hermanos; yo me encargo de hablarles.

—Por Dios, señor, no hagáis semejante cosa — dijo Gluck. No puedo permitir que permanezcáis aquí hasta que vengan, porque me matarían sin remedio.

—¡El señor se apiade de mí! — exlamó el viejecillo. Tus palabras me espantan. ¿Cuánto tiempo podré permanecer aquí?

—Hasta que esté asado el carnero—dijo Gluck,— y ved que ya está bien dorado.

Entonces penetró el viejecillo en la cocina y se sentó en la poyata del lado del hogar, introduciendo el extremo del sombrero por la chimenea, porque, de lo contrario, hubiera tropezado con el techo.

—Ahí no tardaréis en secaros — dijo el muchacho— poniéndose de nuevo a dar vueltas al asado.

Pero, lejos de secarse, el agua resbalaba sin cesar de las ropas del anciano y, cayendo sobre las ascuas, las hacía chirriar. El fuego se iba poniendo cada vez más mustio, amenazando apagarse. Cada pliegue de la capa parecía una gotera.

—Perdonad, señor, — dijo por último Gluck, después de contemplar durante un cuarto de hora cómo el agua se esparcía por la estancia, formando largos arroyuelos, ¿me permitís que os quite la capa?

—No, gracias — respondió el anciano...

—¿Y el sombrero?

—Tampoco; no me estorba, gracias — contestóle el anciano, algo enfurruñado...

—Pero, caballero, — dijo Gluck con cierta timidez, — estáis apagando el fuego.

—Así tardará más en asarse el carnero, — replicó con viveza su extraño visitante.

El proceder de su huésped tenía a Gluck desconcertado; su extraña mezcla de calma y humildad le impresionaba y a...

El viento sudoe... se burlaba ...

Rubezahl y lo...

En el año 1642, un estudiante emprendió una excursión por las montañas de Gigantes. Para entretenerse por el camino, llevó un laúd y así, cantando y tocando, adelantó un buen trecho, sin darse cuenta.

En un recodo del camino, le salió al encuentro Rübezahl, en



Rubezahl es un genio de las montañas que hace el bien y el mal. En éstos dos cuentos aparece vengativo. Las ilustraciones que publicamos pertenecen a una edición antiquísima que se remonta al siglo XVII, y hoy casi agotada, sus ejemplares valen mucho

forma de estudiante, que le pidió que le prestara el laúd, diciendo que quería mostrarle sus aptitudes musicales.

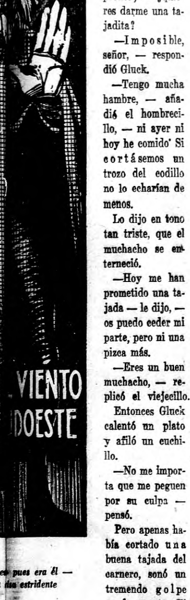
El joven entregó su laúd al desconocido, que empezó a tocarlo con gran maestría, sin dejar de caminar. Cuando los dos llegaron junto a un árbol que crecía en el medio del sendero, Rübezahl, en un abrir y cerrar los ojos, se encaramó en éste, dejando oír desde arriba las canciones que ejecutaba en el instrumento musical.

El pobre estudiante, quedó perplejo. Pero, luego, en el colmo de la ira, se puso a insultar a Rübezahl, exigiendo que le devolviera el laud.

Entonces el genio travieso le arrojó el laud con una fuerza tan formidable, que parecía que se iba a hacer añicos. Sin embargo, el estudiante lo encontró intacto.

Después de esta hazaña, Rübezahl desapareció como por encanto. En cuanto al estudiante, alzó del suelo su instrumento musical y prosiguió su camino. Pero, ahora, en vez de canciones alegres, ejecutaba en éste un cántico religioso.

de Oro



pues era él —
... estridente

prosiguió dando vueltas al asador por espacio de otros minutos con aire meditabundo.

—El asado parece apetitoso — dijo el viejecillo de pronto; — ¿quieres darme una tajadita?

—Imposible, señor, — respondió Gluck.

—Tengo mucha hambre, — añadió el hombrecillo, — ni ayer ni hoy he comido' Si cortásemos un trozo del codillo no lo echarían de menos.

Lo dijo en tono tan triste, que el muchacho se enterneció.

—Hoy me han prometido una tajada — le dijo, — os puedo ceder mi parte, pero ni una pizca más.

—Eres un buen muchacho, — replicó el viejecillo.

Entonces Gluck calentó un plato y afiló un cuchillo.

—No me importa que me peguen por su culpa — pensó.

Pero apenas había cortado una buena tajada del carnero, sonó un tremendo golpe en la puerta. El ombrecillo saltó de la repisa, como si le hubieran pinchado. Gluck volvió a adherir la tajada al asado, con la mayor actitud posible y corrió a abrir la puerta.

Se Presentan los Hermanos

—¿Por qué nos has hecho esperar al raso, con lo que está lloviendo? — le dijo Schwartz, al entrar, tirándole el paraguas a la cara.

—¡Contesta, vagabundo! — gritóle Hans, dándole una terrible bofetada.

—¡Válgame el cielo! — dijo Schwartz, abriendo la puerta.

—Amén — contestó el anciano, que se había quitado el sombrero y permanecía de pie en medio de la cocina.

—¿Quién es este hombre? — gritó Schwartz, cogiendo un hurgón y volviéndose con gesto amenazador hacia Gluck.

—No lo sé, hermanos míos, — contestó éste horrorizado.

—¿Por qué está aquí?—rugió Schwartz.

—Querido hermano, — exclamó entonces Gluck con acento sollozante, — estaba tan mojado que me ha dado compasión.

El Viejo Protege a Gluck

Ya iba a caer el hurgón sobre la cabeza de Gluck cuando, de pronto, el anciano interpuso el sombrero, contra el cual chocó aquel hierro, inundando la habitación el agua que despidió en la sacudida. Lo más raro fué que el hurgón, en el momento de dar con el sombrero, saltó de las manos de Schwartz y, volteando como una paja, llevada como por un remolino de viento, fué a caer en el rincón más apartado de la estancia.

—¿Quién sois, buen hombre? — le preguntó Schwartz, volviéndose hacia él.

—¿Qué os ha traído aquí? — aulló Hans.

—Soy un pobre anciano, señores, — empezó a decir modestamente el hombrecillo, — que, al divisar este fuego, a través de la ventana, he pedido asilo por un cuarto de hora.

El Viejo Revela Tener un Extraño Poder

—Tened la amabilidad de marcharos, — dijo Schwartz. Ya hay bastante agua en la cocina y no queremos que se convierta en un estanque.

—El tiempo está demasiado frío, y no es muy humano arrojar de este modo a un pobre anciano. Contemplad mis canas.

—¡Bah! — dijo Hans, — aun pueden serviros de abrigo. ¡Fuera de aquí!

—Tengo mucha hambre, señores; ¿no podríais darme un mendrugo de pan antes de irme?

—¡En eso estábamos pensando! dijo Schwartz. Creéis por ventura que el pan que tenemos no es más qee para dárselo al primero que se presente con una nariz como la que vos gastáis?

—¿Por qué no vendéis esa pluma? — le preguntó Hans, con acento sarcástico. ¡Ea! ¡Marcháos inmediatamente!

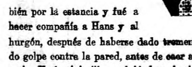
—¡Un pedacito siquiera!... — insistió el viejecillo'

—¡Fuera! — gritóle Schwartz.

—¡Por caridad, señores!

—¡Largo de aquí al instante — gritó Hans, agarrándolo por el pescuezo.

Pero no bien le hubo echado mano cuando salió disparando y dando vueltas por el aire, lo mismo que el hurgón, yendo a caer encima de éste, en el mismo rincón del aposento. Entonces, furioso, Schwartz arrojóse sobre el hombrecillo, dispuesto a vengar a su hermano; más en cuanto lo tocó voló también por la estancia y fué a hacer compañía a Hans y al hurgón, después de haberse dado tremendo golpe contra la pared, antes de caer al suelo. Y el viejecillo, volviéndose hacia ellos, les dijo con la mayor tranquilidad:



"A las Doce de la Noche os Visitaré"

—Señores, os deseo muy buenos días. A las doce de esta noche volveré a visitaros; pero después de la desfavorable acogida que ahora me habéis dispensado, no os sorprenderá que la visita que os anuncio sea la última que os haga.

—Si os vuelvo a ver aquí otra vez... — balbuceó Schwartz, saliendo del rincón; pero antes de que pudiese concluir la frase, el hombrecillo había cerrado tras de sí la puerta de la casa, con estrépito y, al mismo tiempo, salió por la ventana un espiral de nubes desgarradas que, girando con vertiginosa rapidez, recorrió todo el valle, tomando mil formas extrañas y resolviéndose al fin en impetuosa lluvia.

Gluck es Maltratado

—¡Buena la has hecho, Gluck! — dijo Schwartz. Sírvenos el carnero, caballerete y si te vuelvo a encontrar otra vez en semejante renuncio... Pero ¡qué veo, Dios mío! ¿quién ha cortado la carne?

—Acordáos, hermanos míos, que me prometísteis una tajada, — dijo Gluck.

—¡Ah! y te has apresurado a cortar la parte más sabrosa y a comértela caliente, con lo mejor de la salsa. Te juro que ha de llover muchísimo, antes de que te prometa otra tajada. Y ahora déjanos solos.

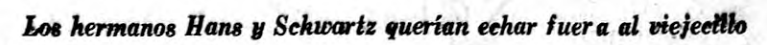
Salió Gluck de la cocina apenado y melancólico. Sus hermanos comieron todo el carnero que les cupo en el estómago, y guardando bajo llave en una alacena lo que les sobró, se dispusieron a emborracharse.

¡Qué noche! Bramaba el viento y la lluvia caía a torrentes sin cesar. Los dos hermanos conservaron suficiente conocimiento para cerrar bien las ventanas y atrancar con doble barra la puerta, antes de acostarse. Cuando el reloj dió las doce, fueron despertados por un tremendo estampido. La puerta se había abierto con tal violencia que la casa se extremeció de arriba abajo.

—¿Qué ocurre? — gritó Schwartz, levantándose de un salto.

—Soy yo — respondió el viejecillo.

Los hermanos escudriñaron las tinieblas, con ojos de espanto. La habitación estaba llena de agua y en el centro de ella vieron un enorme globo de espuma, que giraba sin cesar, moviéndose de arriba abajo, y en el cual estaba sentado el hombrecillo, con su capirote puesto, sin que le estorbase ahora el techo, porque éste ya no existía.



Los hermanos Hans y Schwartz querían echar fuera al viejecillo

Quién Era el Singular Viejecillo

—Siento mucho incomodaros — dijo con ironía el visitante, — pero temo que vuestros lechos estén húmedos. Mejor sería que os trasladáseis a la alcoba de vuestro hermano, cuyo techo he querido respetar.

Sin hacerse repetir la invitación, corrieron a guarecerse en la habitación de Gluck, calados hasta los huesos y muertos de terror.

—En la mesa de la cocina encontraréis mi tarjeta — añadió el anciano. Acordáos de que es mi última visita.

—¡Dios quiera que así sea! — dijo Schwartz temblando de frío.

Y el globo de espuma desapareció.

La Inundación Había Arrasado los Valles

Amaneció el día, por fin, y los dos hermanos se asomaron a la ventana de Gluck. El Valle del Tesoro era una masa informe de ruina y desolación. La inundación había arrasado en su devastadora corriente las cosechas, los ganados y los árboles, dejando en su lugar un espantoso erial de arena rojiza y de lodo gris. Los dos hermanos arrastráronse hasta la cocina, temblorosos y llenos de horror. El agua había inundado todo el primer piso: cereales, dinero y casi todos los objetos movibles, habían sido arrastrados por ella y no había quedado más que una tarjeta blanca en la mesa de la cocina. En la tarjeta se leían, escritas con letras de trazos prolongados y ondulantes y de grandes dimensiones, las siguientes extrañas palabras:

—EL VIENTO SUDOESTE.



Descendían torrentes en perennes y tumultuosas cascadas

os Estudiantes

Un día, un estudiante de medicina subió las montañas para juntar raíces y hierbas medicinales.

Mientras estaba muy ocupado con su trabajo, se le acercó Rübezahl, en forma de campesino, preguntándole qué hacía allí.

—Busco hierbas y raíces que me sirven para los estudios — contestó el joven.

—¿Sabes a quién partenece esta comarca? — preguntólo entonces el recién llegado.

—No lo sé — fué la respuesta.

Por más que insistiera Rübezahl, no pudo obtener otra contestación del estudiante, y por fin, se alejó de su lado.

Cuando el joven relató la aventura a sus amigos, éstos le explicaron que el campesino que había encontrado, debe haber sido el genio de las montañas y le aconsejaron de no nombrarlo nunca.

La próxima vez que el estudiante se dirigió de nuevo a las montañas para juntar raíces y plantas, se le presentó otra vez Rübezahl, preguntando:

—¿Cómo siguen tus búsquedas? ¿Has encontrado algo?

—Sí — contestó el joven. — Encontré varias plantas útiles.

—¿Sabes ahora a quién pertenece este lugar? — siguió preguntando el genio de las montañas.

El estudiante trató de evitar la contestación, pero, puesto que el otro insistía, terminó por decirle:

El laúd entonces tocó un cántigo religioso

—He oído decir que esta montaña pertenece a Rübezahl.

Entonces, el espíritu, que no admite que lo nombren, se abalanzó sobre el hombre y le torció el pescuezo.

Más tarde, por aquel camino pasaron unos cuantos viajeros, que encontraron el cadáver del desdichado estudiante.

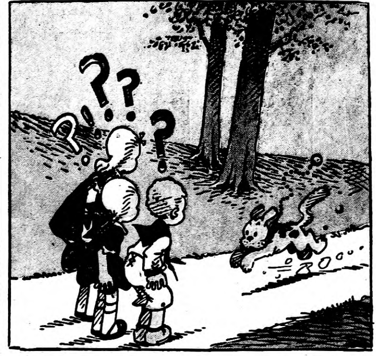


CON UN MARTILLO Y UN COCO QUIERE DIVERTIRSE UN POCO

Y SOBRE EL COCO EL MARTILLO SE VA CABRIANDO EL CHIQUILLO
BANG

QUIERE VER SU CONTENIDO Y SE ENFURECE EL BANDIDO

LO ROMPE POR FIN Y, LOCO, ENCUENTRA VACIO EL COCO.
BANG
JACK KNIGHT
Reg U. S. Pat. Off.: Copyright, 1931, by The Chicago Tribune.


LA BARRA DE RANITA


¡ATAJEN MUCHACHOS!

¡GRACIAS CACHITO!
¿DONDE LO CONSEGUISTE?

ME LO DIÓ UN TIPO PERO, PAPÁ QUIERE QUE ME DESHAGA DE ÉL

¡MI VIEJO NO HARÍA ESO!
¡NI ÉL MIO TAMPOCO!
¡HACE BIEN! ES UN PERRO ORDINARIO...

¿ORDINARIO? ¡MAS ORDINARIO SOS VOS Y NADIE TE DICE NADA!
¡CHE RANITA!

¡PAPÁ DICE QUE TE DARÁ UN PESO SI TE DESHACES DE ESE PERRO!

¡AGARRÁ VIAJE, PAVÓ...!

¿PARA QUE LO AGARRÉS VOS, NO ES CIERTO?

¡QUISIERA SABER QUE HIZO RANITA CON EL PERRO!
¡MIRA QUIEN VIENE!

SE LOS LLEVO AL VIEJO PARA QUE ME DE DOS PESOS.....
Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1931, by The Chicago Tribune.

SILVIA

Ilustró NIAHCER SEDITSIRA

NO es ningún milagro que Carolina y Flavio se amen. Los dos son primeros personajes de la compañía teatral; además Carolina tiene por principio amar a los hombres que tienen mucho éxito entre las mujeres. Hay que reconocer que éste es el principio de una muchacha valiente y Carolina siempre logra su propósito.

Así, pues, ha conseguido conquistar también a Flavio. Pero, luego, le pasó con el joven lo que pasa a muchos y que le había sucedido ya en otras ocasiones: lo que posee uno, no sabe apreciarlo. Al fin y al cabo, Flavio es aburridor. Las chicas se mueren por él; escriben su nombre en sus sandwiches que se comen luego gustosas. Pero Carolina no tiene dieciséis años; está por cumplir los veinticinco. A esta edad la muchacha empieza a despreciar al primer galán, considerándolo ridículo, y a interesarse por el característico.

Por otra parte, en este caso no se trata del actor característico, sino de un aristócrata. Este es dueño de una gran fábrica de jabón y Mezzetin lo llama despectivamente "jabonero". Pero lo mismo da un marqués o un jabonero; ambos tienen plata y es una calidad muy agradable en un novio. ¡Qué regalos le hace a Carolina el suyo! ¡Qué vestidos, trajes, polleras, blusas, ropa, enaguas, fajas, etc.! ¡Qué medias, zapatos, guantes, cintas y... imagínense, hasta una bañadera! Toda la compañía fué a visitar a Carolina para ver su bañadera. Esta es de hojalata, pintada de rojo, y provista de una estufa y una regadera. Todos los componentes de la compañía prometieron a Carolina, ir a su casa el día que quieran bañarse. ¡Una bañadera! ¿Cuál es la muchacha que puede resistir ante un festejante que le regala una bañadera, y con una estufa por añadidura?

Es fácil imaginarse que Flavio se volvió triste. Armó una escena a su novia que, por toda respuesta, estalló en risa, agregando luego:

—No soy tan vieja como para ser fiel. Contigo es otra cosa.

Flavio, fuera de sí, salió de su habitación gritando:

—Ya verás lo que va a pasar.

Muy sentimental

Silvia es una chica encantadora. Es aún muy joven; tan joven que no se sabe a qué atribuir su éxito: al talento o a la juventud. Por consiguiente es muy sentimental. Hay que confesar que ha sido una de aquéllas que, con su uña, raspaban el nombre de Flavio en un sandwich que estaba por comer.

Flavio también ama a Silvia, lo que la hace feliz. Con ojos chispeantes de alegría observa, desde los bastidores, el trabajo de su novio. Una vez terminada la función, vuelve, del brazo del joven, a su cuartito de la bohardilla en cuya ventana hay una plantita de resedá, plantada, en una vieja cacerola sin asa. Sobre la mesa se encuentra un pan grande y un montón de manzanas: la chica tiene el sueldo muy pequeño y el apetito muy grande.

Todos los compañeros, desde Pantalón a la bella Isabel, lo mismo que el capitán, le enviaron a Silvia grandes ramos de flores, que llenaron por completo su camarín

Una vez, cuando Flavio la acompañó hasta el cuartucho y echó alrededor suyo una mirada de descontento, por no haber encontrado nada que comer, Silvia, con disimulo, se mordió el dedo meñique: quería convencerse de que realmente vivía su dicha y no la veía en el sueño. Pero al darse cuenta de que experimentaba el dolor en el dedo y, sin embargo, no se despertaba, no cupo en sí de júbilo. Llena de regocijo abrazó la chica al joven, diciéndole:

—Tráeme siempre tus camisas para lavar. Esto no me causará ninguna molestia; tengo bastante agua caliente.

Hay gente que cree que los artistas no pueden tener hijos. Silvia puede servir de prueba de que aquella opinión es errónea.

Se siente dichosa

El estado en que se encuentra la muchacha tiene sus inconvenientes, pero, a pesar de eso, Silvia se siente dichosa. ¡Qué cosa más maravillosa tener una criatura que pertenece por completo a una! Que puede una vestir, desnudar, lavar, bañar, alimentar, acostar y sacar de la cuna; que le sonríe, batiendo las manecitas, y que es tan dulce como un angelito. Flavio también es feliz. Este joven, por lo general, tiene las mismas opiniones que los que lo rodean.

Silvia se preocupa por el ajuar de su futuro hijo. Ella misma tiene sólo dos camisas. Cuando se pone una de éstas, lava la otra en su palangana. Pero el nene va a necesitar pañales... En verano se puede pasar con una camisa; colgada en la ventana, se seca rápido... La chica rompe la segunda camisa para coser los pañales. Los compañeros la admiran y le regalan sus manteles, sábanas y camisas superfluas. Hasta Mezzetin le trae un gran envoltorio de ropa usada. En sus mocedades ha actuado en Verona, donde el público suele regalar ropa a los artistas predilectos, el día de su beneficio; y Mezzetin, naturalmente, ha sido uno de los artistas que ha gozado de mayor éxito.

¿Quién es capaz de comprender a la mujer? Al ver la dicha de Silvia, Carolina toma la decisión de volver a reconquistar a Flavio. El aristócrata se le volvió indiferente.

Se deja amar

La reconquista de Flavio no resulta nada difícil: está acostumbrado a dejarse amar. Carolina se siente aburrida. Pero lo que la saca de quicio es que Silvia no se da cuenta de la infidelidad de Flavio. Manda, en secreto, a la chica cartas anónimas. Silvia las enseña, riendo, a Flavio y, sin notar la confusión de éste, le dice en tono orgulloso:

—El amor que me tienes provoca tanta envidia que me mandan cartas anónimas para enemistarnos.

Al encontrar a Silvia entre los bastidores, Carolina le echa pullas. Todo en vano: la muchacha cree que su rival está triste por haber perdido el amor de Flavio, pues le parece natural que una mujer debe sentir pena cuando un hombre como aquél deja de amarla.

Carolina quisiera poner a Silvia al tanto de lo que pasa por intermedio de una de las artistas, pero nadie quiere hacerce cargo de este recado: todos los componentes de la compañía la odian.

Silvia no se da cuenta de nada. Lo único en que piensa ahora es que dentro de poco, no podrá más salir al escenario y que, entonces, Flavio, privado de su compañía, se va a aburrir. Toma la decisión de ir al teatro hasta el día que le sea posible, y quedarse entre los bastidores para que Flavio pueda charlar con ella en los momentos que no tiene que actuar.

Alegría y orgullo

Hoy Silvia trabaja por última vez. El público nota que algo anda mal, sin embargo, se siente conmovido y la aplaude más que nunca. La muchacha está radiante de alegría y orgullo. Hace el papel de una joven que descubre el engaño de su marido. Se encuentra sola en el escenario y tiene que mirar a la habitación contigua, por el ojo de la cerradura, comentando en voz alta lo que ve allí y terminando por caer desmayada.

Se inclina hacia el intersticio; qué impresión más rara recibe. En la puerta del decorado se ha practicado un agujero redondo, a través del cual se ve todo lo que pasa en la parte posterior del escenario. Silvia ve a Flavio y lo saluda, olvidándose por un momento que aquél no puede verla. Lo llama por su nombre, pero luego, vuelve a compenetrarse de su rol y prosigue en voz alta:

—Infiel... Perjuro.. Qué veo...

¡Oh, qué es lo que ve la pobre! Carolina se acerca a Flavio y le rodea la nuca con sus brazos. A Silvia se le nubla la vista con las lágrimas. Tiene que seguir desempeñando su papel y dice, con voz temblorosa:

—Ella te pone el brazo en la nuca...

Ve que Flavio abraza a Carolina y la besa, y debe decir:

—Tu la besas; puedes besarla a ella después de haberme jurado amor a mí...

En el público reina un silencio sepulcral. Jamás se ha oído pronunciar estas palabras con tanta naturalidad.

Flavio y Carolina siguen estrechamente abrazados; la última se ríe. Silvia sigue desempeñando su rol y dice:

Carolina se ríe

—Oh, cómo puedes hacerlo.. Te amo tanto...

Con estas palabras cae desmayada. El telón baja lentamente.

Estallan aplausos ruidosos, pero Silvia no los oye; está sin sentido. No ve cómo vuelve a levantarse el telón, no ve las flores arrojadas en el escenario, al público, de pie en la platea, aplaudiendo con entusiasmo. La muchacha sigue desmayada. El telón baja y vuelve a levantarse. Silvia empieza a distinguir los aplausos, que se le antojan el ruido de la lluvia en el techo. Luego, vuelve en sí, se da cuenta de la realidad, se pone de pie y se inclina ante el público con una amable sonrisa de agradecimiento en los labios.

Los compañeros están indignados por la conducta de Carolina. Mezzetin dice en voz alta:

—La bañadera huele a jabón.

El chiste no nos parecerá gracioso, pero tiene la virtud de un picazón de avispa. Carolina empalidece y se desprende de los brazos de Flavio, sollozando.

Muchas flores

Mezzetin y el capitán acompañan a casa a Silvia, que llora a lágrima viva. El capitán jura que va a desafiar a Flavio, pues el que ofende a una dama tendrá que habérsela con el capitán, que es el defensor de todo ser inocente.

Los artistas son pobres y no tienen dinero para comprar flores. Pero se las puede robar; además el público les regala a menudo flores y, por fin, se puede pedirlas prestadas. En todo caso, a la mañana siguiente, cuando Silvia levantó la cabeza de su almohada, empapada en lágrimas, llamaron a la puerta. Al abrirla, la muchacha se vió en presencia de un mensajeros que le trajo: rosas de parte del capitán, claveles de la de Mezzetin, violetas de la de Isabel, anémonas de la del médico, aurículas de la de Pantalón; todos los compañeros le enviaron ramos de flores, que pronto llenaron la pequeña habitación. Por fin vino un criado que le trajo un riquísimo ramo de flores enviado por un conde: luego se presentó otro con una corona de laureles de un marqués: después de éste vino un dependiente de un rico comerciante, trayendo una canasta de naranjas, mandada por su amo. A éstos seguían más regalos y flores. El público los mandaba a Silvia por haber trabajado muy bien. Pero los compañeros le envían flores porque encuentran que Carolina ha procedido con ella de una manera infame. Reconocen que es humano dejar de amar, pero hay que saber portarse con nobleza.

MICKEY NO ES EGOISTA



EL Ratón Mickey, el pintoresco dibujo animado, ha ganado la mayor popularidad universal, y ella crece cada día más aún, que la que jamás se hubiera podido esperar, superando a la adquirida por los actores humanos de la talla de un Carlitos Chaplín y de un Maurice Chevalier. Sus aventuras son reflejadas en la pantalla de millares de teatros en todo el mundo.

Es muy difícil concebir cómo la creación de la pluma de un artista haya adquirido tal fama y haya llegado a alcanzar casi la inmortalidad que sólo está reservada a los actores de carne y hueso. Mickey no tiene ninguna particularidad especial que pueda subyugar a su público, por su simpatía o por su belleza, pues más bien, su carácter es inconstante.

Mickey resulta una creación verdaderamente genial. Su figura despierta, primero la inteligencia y la imaginación, después impresiona los ojos o el corazón. Su o sus creadores geniales, le han ganado un público enorme, que no tiene límites. Mickey, en sus producciones, no necesita recurrir a otros colaboradores, como lo hacen Chevalier, o los hermanos Marx. El jamás comete errores. En las películas de sabor típico en que interviene, y donde entona sus celebradas canciones, se maneja siempre de una forma triunfal, salvando siempre con gran fortuna los más difíciles y aterradores obstáculos que se le presentan, y escapa siempre milagrosamente de las puertas de la muerte. Sus salvaciones casi milagrosas preparan siempre para un alegre final, que es en realidad lo único que queremos.

Consideremos ahora el lado Rabelaisiano del carácter de Mickey. Nadie puede ofenderse por lo que afirmemos; porque hemos visto en el cine una serie de vulgaridades por años. Mickey es un personaje tan sugestivo que ha conseguido matar en nosotros el fuerte y pesado amor romántico, substituyendo por un amor lleno de humor. Mickey ha transformado en tal forma su vida, que bien podemos dejarnos llevar por él, siguiendo el hilo de las escenas que el dibujo nos ofrece, que pronto la carcajada nos envuelve.

En una reciente producción "Un día en el hogar de Mickey", nos muestra de cuán nobles cualidades está dotado. Todos los animales van a su casa y asisten a la fiesta que ofrece, en la que se baila. La mayor parte de sus invitados tienen pareja, pero Mickey, como un campeón de las cruzadas, baila con los más gordos y con los más pequeños, realizando un trabajo simplemente magnífico. Mickey no es ningún egoísta; pero, cuantas veces puede, emplea todas sus energías en un fin caritativo.

Esta es una razón por la que Mickey jamás tenga un carácter, podríamos esteriotipado, pues no hay ninguna idea, tendencia o habilidad que él no pueda emplearla con éxito, realizando así su personalidad. Además, tiene un exquisito sentido del ritmo, lo que obliga a todos los actores de sus films a moverse con una precisión y unidad que no puede ser igualada en cualquier otra producción en la que intervengan las más ejercitadas bailarinas.

Será inútil continuar hablando sobre los éxitos de Mickey, los que siempre recaerán en el talento sin igual de su creador, que ha sabido distinguir lo grotesco de lo jocoso.

Y Mickey es hoy y lo será en el futuro, el héroe predilecto de todas las razas y de todas las clases sociales.



EL TROVADOR

★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

EL GENIO DE LAS MONTAÑAS SE VENGA

Mujer con barba

Años atrás una muchacha subió la montaña para cortar hierba. Durante su trabajo la mujer se entretenía cantando canciones populares en las que se menciona Rübezahl.

De pronto vió acercársele a un campesino que la preguntó si no había oído hablar de Rübezahl y si no le gustaría verlo.

La muchacha contestó que no tenía deseo de ver al genio de las montañas por temor de que no le hiciese alguna mala jugada.

Entonces el hombre (que era el mismísimo Rübezahl) le acarició el mentón y se alejó.

Una vez terminada su tarea, la muchacha volvió a su casa. Al verla todo el mundo estalló en risa, preguntándola dónde había conseguido la barba de chivo.

La pobre se tocó el mentón, se miró en un espejo barato que tenía, sin poder, sin embargo, descubrir ni rastro de la barba en su cara.

Así vivió la muchacha hasta el fin de sus días: se acostaba a dormir, se levantaba, cumplía con todos los trabajos de la granja, con una barba que veían todos, menos ella misma.

Puesto que la barba no crecía, la mujer no tenía necesidad de acudir a la ayuda de un barbero.

Los soldados vencidos

En la época de la guerra de treinta años, siete soldados de caballería real salieron de Friedeberg, subiendo las montañas adyacentes, con intención de merodear a los habitantes de las aldeas allí situadas.

Por el camino dieron con un hombre que guiaba una calesa, tirada por tres caballos. Acto seguido los soldados espolaron a sus rocines para perseguir al viajero y robarlo. Habiendo llegado al lado de éste, le hicieron apearse, dispuestos a despojarlo de todo lo que tenía.

El hombre (que no era otro que Rüzebahl) se puso a pedirles que lo dejaran en paz, asegurándoles que era pobre y no tenía dinero ni cosas de valor. Sin hacerle caso, los soldados seguían registrando la calesa.

Entonces Rübezahl asió a uno de los soldados, usándolo como arma para pegar a los demás, que huyeron despavoridos. Cuando llegaron a sus cuarteles de Friedeberg, donde tuvieron que curar sus heridas, se dieron cuenta que faltaban dos de sus compañeros. Por más que hicieran averiguaciones, no pudieron encontrar a los soldados desaparecidos.

Destierro del mago

Una vez se intentó hacer bajar a Rübezahl desde la cima de la montaña. Un brujo se aventuró hasta la cumbre, trazó en el suelo un círculo encantado y en el medio de éste toda clase de figuras diabólicas, con lo que logró hacer aparecer a Rübezahl.

El genio se presentó sobre la nieve, sentado en una silla especialmente preparada para el caso, y prometió al hechicero retirarse en el acto del lugar, si aquel será capaz de demostrarle su arte.

El brujo sacó su libro de magia, del que leyó unos cuantos párrafos. Antes de que hubiese llegado hasta el final del conjuro, Rübezahl arrancó la hoja del libro, ante las narices de su dueño, rompiéndola en mil pedazos y arrojándolos en el precipicio.



Rübezahl triunfa sobre los soldados



El genio de la montaña castiga a una mujer

Mary y su Ovejilla



MARY, SIEMPRE QUE VA A LA ESCUELA, es acompañada por una ovejita, linda y blanca como la nieve, que hace pocos días le regalaron. Al pasar por el bosque encontró cuatro amiguitos que se pusieron a jugar con Mary y la ovejita. ¿Pueden ustedes encontrar a los cuatro amiguitos de Mary?



Síntonice L. R. 2 Radio Prieto
los Lunes, Miércoles y Viernes
la Audición Selecta
LE SANCY
"A LA HORA DE LA CENA"
de 20 a 21 horas